

**APRECIO
Y ESTIMA DE LA
DIVINA GRACIA**

**QUE NOS MERECIO EL HIJO
DE DIOS
CON SU PRECIOSA SANGRE
Y PASION**

Obra escrita por el
P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG
De la Compañía de Jesús

APOSTOLADO MARIANO
RECAREDO, 34. SEVILLA-3

APRECIO
Y ESTIMA DE LA
DIVINA GRACIA

QUE NOS MERECE EL HIJO
DE DIOS
CON SU PRECIOSA SANGRE
Y PASION

Obra escrita por el
P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG
De la Compañía de Jesús

Con censura eclesiástica

ISBN 84-86162-14-9

Depósito Legal: B-15642-83

Printed in Spain

Impreso en España

EMEGE Industrias Gráficas. C/ Londres, 98 - Barcelona-36

LIBRO PRIMERO

NATURALEZA DE LA GRACIA SANTIFICANTE

CAPITULO PRIMERO

LA POCA ESTIMA QUE SE HACE DE LA GRACIA

§ 1

Así como no hay cosa más preciosa que la gracia que nos mereció el Hijo de Dios, así no hay cosa más para llorar que su pérdida y el desprecio que de ella hacen los redimidos con su preciosa sangre. ¿Qué mayor desatino que, por el cumplimiento de un apetito indigno de la naturaleza, perder más que toda la naturaleza? Porque no es encarecimiento lo que enseña Santo Tomás (1), que el bien de la gracia de un hombre solo es mayor que el bien de la naturaleza de todo el universo. Y San Agustín dice (2) que la gracia de Dios no solamente sobrepuja a todas las estrellas y todos los cielos, pero también a todos los ángeles. Porque si Dios diera a uno todos los bienes del mundo y le hiciese señor de las estrellas, aunque ellas fuesen de diamantes, y sobre eso le diera toda la perfección natural de

(1) 1, 2, q. 113, ad 2.

(2) Lib. *Ad Bonif.*, cap. 6.

los serafines y todos los ángeles, no le haría tanta merced como en darle un átomo de gracia.

El profeta Jeremías se puso a llorar muy de propósito la pérdida de toda una ciudad. Los amigos del Santo Job, por las pérdidas que tuvo, que fueron de ganados, casas, hijos y salud solamente, todas cosas naturales y transitorias, quedaron pasmados siete días sin hablar palabra. Pero ¿qué tiene que ver perder bienes naturales, como bueyes, ovejas y jumentos, que perdió el Santo Job, con perder tantos bienes sobrenaturales como se pierden con la gracia? Piérdese en ella un ser divino que le levanta a uno sobre toda la naturaleza; piérdese la caridad, reina de todas las virtudes; piérdense juntamente todas cuantas virtudes sobrenaturales con la gracia se dan a los verdaderamente contritos; piérdense los dones del Espíritu Santo; piérdese el mismo Espíritu Santo; piérdese el ser hijo de Dios, el ser su amigo, el estar en su compañía; piérdese el derecho al reino de los cielos; piérdese la vida del alma; piérdese el hacer obras merecedoras de la gloria; piérdense todos los merecimientos hechos; piérdese toda la gracia recibida en los Sacramentos de toda la vida; piérdense innumerables riquezas espirituales; piérdese Dios, y así se pierde todo lo que se puede perder.

Verdaderamente, no hay corazón que baste para sentir, ni ojos para llorar, ni lengua para lamentar esta lastimosa miseria de los hombres. La sombra de esto castigó Dios en su pueblo con un largo y terrible castigo. Porque *tuvieron en nada la tierra deseable*, esto es, la tierra de Canaán prometida de Dios, dice David (Ps. 105, 24) *que levantó el Señor su mano sobre ellos para postrarlos en el desierto*, donde murieron innumerables, y para abatir sus descendientes entre naciones bárbaras, donde estuvieron cautivos muchos años, y derramarlos en regiones extranje- ras, donde padecieron grandes miserias. Pues si

el desprecio de la *tierra*, por ser *deseable*, así le castigó el Señor, el desprecio del cielo, únicamente *deseable*, ¿cómo le castigará?

La causa de la poca estimación de cosa tan grande es el aprecio que tienen los sentidos de las cosas de la tierra y la poca aprehensión que hace el corazón humano de la gracia y de los bienes eternos que consigo trae: de donde viene a suceder que con no ser de estima alguna los bienes del mundo, haga tanto caso de ellos nuestro corazón engañado, que por su causa no repara en perder los de la gracia. Este hechizo tiene enloquecidos nuestros entendimientos; y no hay otro antídoto más eficaz contra aquesta perdición, sino considerar la grandeza de la gracia: ¡cuán excelente y gloriosa cosa es sobre todas las grandezas y glorias del mundo! Con esto se despreciarán los bienes de la tierra, si se estiman los del cielo; con esto se echará freno a los deseos de cosas perecederas, pues podemos poseer las eternas; con esto se convencerá nuestro juicio errado en el aprecio de las cosas materiales, con el contrapeso de las sobrenaturales.

Bien conoció todo esto el apóstol San Pedro, cuando, para exhortarnos al desprecio del mundo, nos propuso el aprecio de la gracia, diciendo estas admirables palabras (2 Petr., 1): *Grandísimas y preciosas promesas nos ha dado Dios para que por ellas nos hagamos participantes de la naturaleza divina, huyendo de toda la corrupción de deseos que hay en el mundo.* Dió por remedio de los deseos corrompidos de los bienes del mundo el poner los ojos en los bienes de la gracia, que llama *grandísimos y preciosos*. De donde hemos de sacar grande aliento para toda obra de virtud con que se aumente la gracia, y así, después de las palabras referidas, añade el Apóstol: *Mas vosotros, infiriendo de aquí que debéis tener toda solicitud, servid y obrad virtud en vuestra fe: con la virtud, sabiduría; con la sabiduría, abstinencia; con la abstinencia, paciencia;*

con la paciencia, piedad; con la piedad, amor de vuestros hermanos; con este amor, la caridad. Porque, como en una rica cadena, se irán eslabonando unas virtudes con otras, empezando del aprecio del cielo y rematando en la caridad, que es la cumbre de la perfección. Por lo cual dijo San Crisóstomo (3): «Quién aprecia y admira la grandeza de la gracia que viene de Dios, este tal será para adelante más cuidadoso y atento de su aprovechamiento y salud espiritual, y mucho más inclinado al estudio de las virtudes.»

Por esta causa será grande provecho de las almas recoger los innumerables tesoros que hay en la gracia, para que vean cuán digna es de estimarse sobre todo otro bien, mucho más que todo el universo. Porque teniendo el aprecio que se debe de su grandeza, dignidad y provechos, desprecien el lodo de los bienes temporales, y pongan su corazón en los celestiales, y amen a nuestro Redentor Jesucristo, que nos mereció con sus trabajos y sangre cosa tan preciosa. Por este gran provecho que nos ha de resultar de una semejante estima de la gracia hizo Dios notables extremos y demostraciones en los excesos de la Pasión de su Hijo. El apóstol San Pablo, escribiendo a los de Efeso (cap. 1), dice que nos predestinó Dios hijos adoptivos por medio de Jesucristo, *para alabanza de la gloria de su gracia*. El cual modo de hablar, tan advertido y reduplicado en decir: *alabanza de la gloria de la gracia*, significa la grande admiración con que quiere Dios estimemos este inestimable don suyo.

¡Oh Dios eterno y Padre de las misericordias y de las lumbres, de donde desciende toda buena dádiva y gracia! Pídoos que alumbréis mi entendimiento para que sepa hablar de esta dádiva vuestra, con que quisisteis honrar y enriquecer los hombres, haciéndonos por vuestra gracia participantes de vuestra naturaleza divina, levantándonos sobre todo ser de la naturaleza.

(3) Homil. 1, *Ad Ephes.*

— ¡Oh Redentor mío Jesús! Suplícoos por las entrañas de misericordia con que nos merecisteis la misma gracia a costa de vuestra vida y sangre, pueda yo dar a entender a vuestros redimidos lo que debemos estimar lo que Vos tanto estimasteis y comprasteis tan caro.

¡Oh Espíritu consolador y don de los dones de Dios, que os dais juntamente con la gracia! Sepa yo decir qué don es éste, con el cual Vos mismo os dais a las almas.

¡Oh María, Madre de gracia! Alcanzádmela cumplidamente, para que publique al mundo lo que Vos estimáis más que el ser Madre de Dios.

¡Oh ángeles bienaventurados! ¡Oh santos serafines y querubines! Asistidme, para que sepa engrandecer lo que es más grandeza que la de vuestras altísimas naturalezas, con ser las más sublimes y perfectas del mundo.

¡Oh almas bienaventuradas, que estáis gozando del fruto de la gracia y conocéis sus riquezas! Ayudad mi cortedad, para que acierte a pronunciar alguna parte de ellas. Compadecedme de nuestro engaño y olvido de lo que tanto nos importa.

CAPITULO 2

QUÉ COSA SEA GRACIA Y LOS INESTIMABLES TESOROS QUE ENCIERRA

§ 1

Gracia habitual y actual.—Qué es gracia actual.

«Para proceder con más claridad en la consideración de la grandeza de la gracia que Jesucristo nuestro Redentor nos mereció con su sangre, se ha de advertir que este nombre de *gracia de Cristo* se toma por aquellos dones y favores de que era indigna y privada nuestra naturaleza por

el pecado, y que nunca fueron debidos ni pueden serlo a naturaleza alguna, y por ellos se alcanza la bienaventuranza eterna.

Unas veces significa este nombre, *gracia*, los auxilios con que Dios nos previene con santos pensamientos, y ayuda al alma para que haga buenas obras: la cual llaman los teólogos *gracia actual*, porque se pasa luego. Otras veces significa un don divino y una cualidad permanente, que infunde Dios en el alma, con la cual la hace agradable a Sí, amiga e hija suya. Y a ésta llaman *gracia habitual*, porque persevera en el alma como los otros hábitos.

Una y otra gracia es admirable; una y otra es de inestimable precio, pues costó la sangre del Hijo de Dios. Una y otra se llama algunas veces *gracia santificadora* o de santificación, porque la una es la santidad del alma, y la otra dispone y se endereza para esa misma santidad o su aumento.

Puédese declarar la conveniencia y proporción de estas gracias, *habitual* y *actual*, con estos ejemplos toscos de cosas materiales. La *gracia habitual* es como una hermosísima púrpura, ricamente bordada, que diese un rey a uno que quisiese adoptar por hijo querido, para que anduviese vestido con ella, representando la dignidad de hijo de rey y heredero de todas sus provincias. La *gracia actual* y auxilios divinos son como los consejos y advertencias y ayudas que diese el rey a aquel hijo para que hiciese obras reales y nobilísimas, dignas de su grande dignidad, para que no la perdiese.

Pero porque la púrpura es vestido y cae por fuera de nuestra persona, y la gracia está intrínsecamente en el alma, se puede declarar esto mismo con otro ejemplo, de la salud y hermosura del cuerpo. Por lo que la *gracia habitual* es como si a un enfermo y defectuoso de miembros y de rostro torcido y disforme le diesen de repente salud entera y una admirable hermosura de rostro

y disposición de todo el cuerpo. La gracia *actual* es como los avisos y ayudas que darían a esta persona para conservarse con salud y con aquella disposición.

Con estas semejanzas se declara la diferencia de gracia habitual y actual. De una y otra diremos algunas cosas y declararemos cuánto caso conviene hacer de ellas, y cómo debemos aprovecharnos de toda la gracia, sin perder ni una migaja de cosa tan preciosa.

Empezaremos a decir de aquella *gracia* que es *permanente*, y por la cual somos hijos y amigos de Dios, comunicándonos con ella el Espíritu Santo; la cual se llama, como hemos dicho, *gracia habitual*. Porque considerada la grandeza de ésta y el estado altísimo a que levanta una criatura, se conocerá mejor la estima de la *gracia actual* y auxilios con que Dios nos previene para adquirir, conservar y adelantar cosa tan preciosa y divina. Y así, todo lo que ahora dijéremos de la gracia, se ha de entender de la *gracia habitual*; esto es, de esta divina cualidad que dura en el alma y nos hace agradables a Dios, hijos y amigos de su infinita majestad.

Es, pues, esta gracia un don divinísimo, una cualidad inestimable, que infunde Dios al alma o a otra criatura intelectual, con que la levanta a un ser sobrenatural y grado divino, que, trascendiendo toda naturaleza criada y que se puede criar, la ensalza sobre todo ser y perfección natural, y hace a quien la posee participante con un modo admirable de la naturaleza misma de Dios en su grado supremo, en cuanto excede a toda otra esencia, endiosando al alma y haciéndola agradable a Dios y esposa suya, e hija, amiga y compañera, habitando en ella con particular presencia el Espíritu Santo, enriqueciéndola con sus dones, dotándola de todas las virtudes sobrenaturales, hermo세ándola con admirables resplandores de santidad y concediéndola derecho legítimo para el reino de los cielos.

Todo esto brevemente se dice, pero dificultosamente se comprende; porque cosas tan grandes como en cada palabra de éstas se encierran, ni los mismos ángeles con sus lenguas angélicas las podrán declarar, si la misma gracia no los dispone para ello.

§ 2

Palabras de San Pedro.

Significó el apóstol San Pedro la multitud, grandeza y preciosidad de bienes que trae consigo la gracia, cuando dijo que *grandísimas y preciosas promesas nos había dado Dios para que por ellas nos hagamos partícipes de la naturaleza divina*. Llamó *promesas* lo que son *dones*; lo uno, porque por su grandeza los había antes prometido Dios como un singular favor que había de hacer al mundo; lo otro, porque contienen en sí promesas de otros mayores favores, porque a los bienes de gracia están prometidos los de gloria.

Fuera de esto, dice que son, no solamente grandes, sino *grandísimos*, porque exceden en grandeza a todas las grandezas de la naturaleza elemental, celeste, humana y angélica.

Añade, sobre ser *grandísimas*, que son *preciosas*, porque costaron todo lo que se puede dar; pues costaron precio infinito y fueron compradas a peso de la sangre de Dios.

Ultimamente, dice que por la gracia nos hacemos *participantes de la naturaleza divina*. Lo que estas palabras significan no hay pensamiento que lo pueda conseguir. Decirse con los labios bien se puede, que por este don levanta Dios al alma, sobre todo ser y orden natural, a ser participante de su naturaleza infinita, y la coloca en un estado divino, un ensalzamiento soberano, un orden de ser con el divino. Esto todo bien puede

pronunciar la lengua, mas no cabe su significación en el corazón humano.

Los filósofos antiguos no acaban de admirar y engrandecer la excelencia del hombre sólo porque es capaz de contemplar las cosas divinas: ¿qué será hacerse el mismo hombre *divino*?

Y si cada obra de naturaleza que Dios crió nos la iba contando Moisés día por día (*Gen.*, 1), como cosas dignas de admiración, calificándolas con el testimonio de Dios, que las estimó y aprobó por *buenas*; y después, consideradas todas juntas, dice de ellas que *eran grandemente buenas*, ¿qué admiración merecen y qué aprobación se debe a los tesoros sobrenaturales que trae consigo la gracia? Cada uno es grandísimo y grandemente bueno; ¿qué será la colección y junta de todos? Grandísimamente es excelente y preciosa la gracia, que los trae consigo todos.

Consideremos uno por uno su grandeza, como lo hizo Moisés en las cosas naturales, para que después resulte mayor admiración del concurso de cosas tan maravillosas y grandes.

CAPITULO 3

LA GRACIA ES SUPERIOR A TODA LA NATURALEZA

§ 1

Demos principio por la menor excelencia que tiene la gracia, que es ser *sobre toda la naturaleza*. La cual confirman los príncipes de la Teología con tanto extremo, que dijo San Agustín (1) que el justificarse con la gracia «es cosa mayor que el cielo y la tierra y todas cuantas cosas se ven en el cielo y la tierra».

Santo Tomás, alegando este mismo lugar, colli-

(1) Tract. 72 in Joan.

ge de San Agustín que es más esta justificación que criar cielo y tierra; y concluye que la mayor obra de Dios es justificar al pecador, lo cual se hace infundiéndole la gracia; y así dice (2): «Mayor obra es la justificación del pecador, que se termina al bien eterno de la participación divina, esto es, a la gracia, que la creación del cielo y la tierra, que se termina al bien de la naturaleza mudable.»

Considera cuán grandes y admirables son las obras de Dios; la fábrica de tantas estrellas, la prodigiosa grandeza de los cielos, la disposición de los elementos, la multitud de grados de esencias, la variedad de especies que adornan este universo, la perfección natural del hombre y la alteza de toda la naturaleza angélica. Pero todas estas obras son menores que la dádiva de la gracia. La misericordia que en esto hace Dios es *sobre todas sus obras*, sobre la luz de las estrellas, sobre la hermosura del cielo, sobre la armonía de los elementos, sobre todo entendimiento criado, sobre el hombre mismo y sobre los espíritus angélicos.

Por lo cual dice la Iglesia y alega Santo Tomás (3) que es donde manifiesta Dios *máxima-mente* su omnipotencia. No sólo dice que manifiesta su piedad, misericordia, bondad y liberalidad, sino señaladamente su omnipotencia, para dar a entender la grandeza y perfección de la obra misma en sí.

Un día que le mostró Dios en figura estas ventajas al santo Moisés, con tener muy bien entendidas las otras obras de Dios, se admiró tanto, que, como fuera de sí, daba voces y decía (*Exod.*, 34): *Misericordioso, piadoso, paciente, Dios de gran misericordia*, no sabiendo salir de aquí, ni decir otra cosa más que dar gritos, engrandeciendo aquella grande obra de Dios y misericor-

(2) 1, 2, q. 113, art. 9, in Corp.

(3) L. c., sed cont.

dia que usa con los hijos de Adán comunicándoles su gracia.

Santo Tomás dice (4) que la caridad, y lo mismo se entiende de la gracia, es, según su especie, más excelente que el alma. Pues si del alma dijo San Juan Crisóstomo (5): «Ninguna cosa hay que se pueda comparar con el alma: ni el mundo universo», ¿cómo sobrepujará la gracia todo el universo?

También dijo San Agustín (6) «que es mejor ser justo que ser hombre», significando las ventajas de la *gracia*, por la cual somos *justos*, sobre el *alma*, por la cual somos *hombres*. Y hablando un Doctor (7) de la excelencia del hombre, dice que comparativamente es infinitamente mejor que las otras naturalezas inferiores; porque aunque fueran infinitas, sería mejor un hombre solo que todas ellas, animales y plantas, oro y plata, cielo y tierra, aunque fueran en número y grandeza todo infinito. Pues ¿qué será la gracia, que es sobre la misma naturaleza del hombre, y aun de los ángeles, como escribe San Agustín?

Allégase a esto que la excelencia de la gracia, no sólo por su entidad, según la cual, aunque sea considerada según su especie de cualidad, quieren Santo Tomás, San Buenaventura, Padre Valencia, Padre Molina, Padre Granados y otros escolásticos, que sea más perfecta y excelente que cualquier substancia natural, pero, según su estimabilidad y aprecio, hace mayores ventajas. Una hormiga más perfecta es que el oro, pero no es tan preciosa. No es así la gracia, porque fuera de la sobrenatural perfección de su entidad, es preciosísima sobre toda la naturaleza y todos sus haberes; por lo cual dijo Salomón (*Prov.*, 8): *Mejor es que todos los haberes, por preciosísimos*

(4) 2. 2. q. 23, art. 3.

(5) In cap. 1, epist. 2 ad Cor.

(6) Serm. 15 *De Verb. Apost.*

(7) Lessius, *De Perfect. Divin.*, lib. 1, cap. 12.

que sean, y todo lo deseable no se puede comparar con ella.

Pon, pues, cristiano, los ojos en esta grandeza, mira qué recibes cuando recibes la gracia. ¡Qué dádiva de Dios tan grande! No cupiera el avariento de contento si de la noche a la mañana, no teniendo nada, se hallase dueño de ricas minas de oro y plata, de grande multitud de heredades y ganados, con más camellos, vacas y ovejas que el Santo Job y el Patriarca Jacob poseyeron. Todo esto se queda en la bajeza de las cosas naturales: infinitamente más se debiera holgar con el más pequeño grado de gracia, que vale más que todas las riquezas del mundo. ¡Oh locos y desatinados del mundo! ¿Qué pretendéis? ¿Tener? Pues ¿por qué os dais tal prisa a perder? Por alcanzar lo que es nada, perdéis lo que es más que todo el mundo, que tanto estimáis.

§ 2

La ventaja de la gracia sobre los bienes de la naturaleza no es como quiera, sino con tal exceso, que la más pequeña partecita de gracia es más que toda la naturaleza entera, material y espiritual. Esto sintió claramente Santo Tomás cuando dijo (8): «Que el bien de la gracia de uno es mayor que el bien de la naturaleza de todo el universo.» Lo cual parece tomó de San Agustín, que también dice (9): «La gracia de Dios se aventaja, no sólo a todas las estrellas y a todos los cielos, sino también a todos los ángeles.» Esto mismo supone el Eclesiástico (16, 3), cuando profiere un justo a mil que no lo son; porque vale más un alma con gracia, que un mundo de hombres y ángeles sin ella.

Hizo a Cayetano tanto peso esta ventaja de la gracia, que, repitiendo las palabras del Angélico Doctos, dice él éstas: «Ten delante de tus ojos siempre,

(8) 1.º 2.º, q. 113, art. 9, ad 2.

(9) Lib. 2, *Ad Bonif.*, cap. 6.

de día y de noche, que el bien de la gracia de uno es mejor que el bien de la naturaleza de todo el universo, para que continuamente veas qué condenación amenaza a quien no hace caso ni pondera tan gran bien que le ofrecen.» Por cierto que dice bien; porque justísimamente merece ser condenado quien desprecia tal don, por ser ofrecido de Dios, y por ser tan grande, y por despreciarle por tan poco como los bienes percederos de la tierra...

La gracia, dijo San Buenaventura (10) que era el primero y excelentísimo entre los dones criados. San Agustín dijo (11), hablando de la caridad, que no hay don más excelente que este don de Dios. En otra parte le llama *don levantado*. San Macario (12) le dice *inefable beneficio*. San Eulogio escribe (13) que sobrepaja todos los dones de Dios.

Abre, pues, los ojos de tu consideración, y tenlos perpetuamente enclavados en esto, como dice Cayetano, que vale más un grado de gracia que los bienes y riquezas y naturaleza de todo el universo. Teme la condenación que amenaza a quien no estimare tan grande bien que le ofrece Dios, y que Jesús nos mereció con su sangre. Lástima es, y para llorar con lágrimas del corazón, cuántos perjuros intervienen, cuántos testigos falsos se solicitan, cuántas violencias se ejecutan, cuántas diligencias ilícitas se disponen, cuántos odios se excitan por un bien temporal, malbaratando montes de gracia. Abre los ojos y mira lo que se pierde por ganar aquello con que se han de perder más los hombres.

§ 3

Esta consideración del bien de la gracia sobre todos los del mundo, no sólo tiene fuerza *para que no se haga un pecado mortal* con pérdida de tal bien sino *para que no se deje de hacer obra de virtud* con menoscabo de tal ganancia. Porque aunque no se pierda del todo la gracia, es gran prodigalidad menospreciar sus aumentos. Demos que estés en gracia de

(10) In 2, dist. 27, art. 1, quaest. 2, ad. 2.

(11) Lib. De 5 Trinit., cap. 1; lib. 2, Ad Bonif., cap. 6.

(12) Homil. 26.

(13) Lib. 2,

Dios, y que no la hayas de perder por dejar de oír Misa cada día, o dar limosna, o visitar al pobre del hospital, o tener un rato de oración, o rezar alguna devoción, o tener presencia de Dios, o ponerte cilicio, o tomar una disciplina, o sufrir una humillación o hacer alguna mortificación; considera que aunque no pierdes toda la gracia, que es mucho lo que pierdes, pues no la ganas. Por dejar de hacer alguna cosa de éstas, u otras semejantes del servicio de Dios, dejas de ganar un grado más de gracia; y es esto cosa mayor que todo el universo.

¡Oh siervos de Dios! ¿Cómo paráis, cómo cesáis de obrar virtud, de mortificaros más, de huir la peste de este mundo, de acordaros de vuestro Redentor, de repetir actos interiores? ¿Qué dicha es la de las almas fervorosas y santas, que con cada buen pensamiento y acto de virtud se les abre el cielo, derrama sobre ellos su gracia, cuyo menor grado vale más que todo el oro que ha producido la naturaleza, y que la misma naturaleza? Con razón dijo Gerson (14) que Dios ordenó hacer una obra nueva de gracia sobre la naturaleza, para que fuese la *gracia señora y reina de la naturaleza*.

CAPITULO 4

LA GRACIA SOBREPUNTA A TODAS LAS OBRAS MILAGROSAS
Y A LAS MARAVILLAS QUE HIZO CRISTO EN EL MUNDO

§ 1

Añádase a esto otra gran excelencia de la gracia, que no sólo es sobre todas las obras de *naturaleza*, como San Agustín y Santo Tomás dijeron (1), sino sobre todas las obras *milagrosas* de Dios que se han hecho en este mundo.

Tres géneros de milagros ponen los teólogos. Uno, de los que exceden toda la facultad de la naturaleza cuanto a *la substancia* de la obra,

(14) Serm. *De Circumcis.*

(1) S. Thom., 1 p., quaest. 105, art. 8.

como es penetrarse dos cuerpos, o que el sol se vuelva atrás, o que un cuerpo humano tenga los dotes de gloria; porque en todas estas cosas no hay fuerza en la naturaleza para ejecutarlas.—Otro género de milagros es cuando no son sobre todo el poder de la naturaleza, cuanto a la substancia de la obra, sino por razón *del sujeto* en que se hacen, como es la resurrección de un muerto y dar vista a los ciegos.—El *tercer* género de milagros es cuando una cosa excede a toda la virtud de la naturaleza, no cuanto a la substancia de la obra ni cuanto al sujeto en que se ejecuta, sino cuanto *al modo*, como es cuando de repente cobra un enfermo salud, contra el curso natural de las causas contrarias que entonces había.

Pues a todos estos tres géneros de milagros excede y sobrepuja la gracia; y así, la Iglesia dice que manifiesta Dios *su omnipotencia* grandísimamente, usando de misericordia, con restituir su gracia; porque entre todas las maravillas que usa en este mundo con los hombres, ninguna es de mayor poder que el infundirles gracia.

Esto se confirmará más con la autoridad de San Agustín, y con la comparación de los mayores milagros del mundo, que, cotejándolos con la gracia, se hallarán ser obras menores. Considerando San Agustín (2) aquellas palabras del Hijo de Dios que refiere San Juan (14, 12), cuando dice: *El que creyere en Mí hará las obras que yo hago, y aun las hará mayores*, repara mucho el Santo cómo puede ser que los hombres que creen en Cristo, hagan obras mayores que Cristo, principalmente hablando allí el Hijo de Dios generalmente de cualquier cristiano. Porque aunque es verdad que algunos santos hicieron algunos milagros iguales y aun mayores que los de Cristo—como San Pedro, que con la sombra curaba—, fueron muy pocos; y universal-

(2) Tract. 72 in Joan.

mente no se ve que los fieles hagan mayores prodigios y milagros que hizo Cristo. La salida que da el Santo a estas dificultades es que las *obras mayores* que hacen los fieles son *su justificación*; esto es, las obras buenas con que se disponen para tener la *gracia habitual*, la cual es cosa mayor que todos los milagros visibles que obró Cristo nuestro Redentor.

Y fueron los milagros de Cristo en todos los tres géneros, que notó Santo Tomás.—Porque Cristo sanó de repente a muchos de perlesía, de lepra, de calenturas, de flujo de sangre y de muchas otras enfermedades, lo cual pertenece al *tercer* género de milagros.—Cristo dió vista a aquel ciego de nacimiento, que causó tan notable admiración y espanto a todo el pueblo; resucitó a Lázaro de cuatro días muerto, con no menor pasmo de toda Judea; alumbró otros ciegos; resucitó también otros muertos, lo cual pertenece al *segundo* género de milagros.—Finalmente, Cristo se penetró algunas veces, porque pasó sin corrupción por el vientre de su Madre, y por las paredes de la casa donde estaban recogidos los Apóstoles, y dió a su cuerpo los dotes de gloria en la Transfiguración; lo cual pertenece al *primero* y supremo género de milagros. Pero sobre todos estos milagros, sobre todas estas obras, que exceden los límites de la naturaleza, dice el mismo Señor que harán *mayores obras* los fieles con la justificación, por causa de la gracia que consiguen; que si bien ellos no la causan eficientemente, pero porque la merecen, o se disponen para ella con el favor divino, se dice ser *mayores sus obras*.

§ 2

¡Oh, si entendiesen los hombres qué hacen cuando hacen un acto de contrición, cuando se convierten de corazón a Dios! Obra más milagro-

sa hacen que si transfiguraran sus cuerpos, como Cristo en el monte Tabor, recibiendo todos cuatro dotes de gloria; más milagrosa obra hacen que si resucitaran muertos de los sepulcros; mayor maravilla hacen que si criaran a un hombre; más hacen en esto que Dios hizo en su creación, como dice San Agustín por estas palabras (3): «Si Dios te hizo hombre, y tú te haces justo, haces cosa mejor que el mismo Dios hizo.»

Si sintieras mucho la muerte de un hermano tuyo, y te dijeran que con hacer penitencia de tus pecados y hacer un acto de amor de Dios le resucitaras, no fueras tan desagradecido a Dios, ni tan desamorado al difunto, que dejaras de procurar hacer aquella diligencia, que tan poco ruido y costa te había de tener. Pues ¿cómo dejas de hacer mayor milagro, y más provechoso para tí, que es resucitar a tu alma con la gracia?

Si estuviera en la mano de los condenados del infierno resucitarse a sí mismos y volver en cuerpo y alma a hacer penitencia de sus pecados, librándose de aquellos tormentos, no dejarán de hacerlo, aunque les costara mayor tormento del que ahora padecen. Y ¿qué prodigio fuera ver salir un hombre del infierno y del sepulcro, para vivir esta vida y poder salvarse? Pues si está en nuestra mano, previniéndonos el favor divino, el resucitar a vida de gracia, y el salir del pecado, que es peor que todos los tormentos infernales, y sin padecer grandes penas, ¿por qué no quiere el pecador hacerlo, y por qué lo dilata? El cual tanto no quiere, cuanto lo dilata.

San Crisóstomo dice (4): «Cosa más excelente es dar salud al alma muerta con pecados, que resucitar segunda vez a la vida los cuerpos muertos.» El mismo Santo dice (5) «que el mayor

(3) Serm. 15, *De Verb. Apost.*

(4) Homil. 4.

(5) Homil. 25..

milagro de San Pablo, y mayor que resucitar muertos, fué la conversión de los pecadores»; lo cual confirman estas graves palabras de Ricardo Victorino (6): «No sé si puede el hombre recibir de Dios cosa más grande en esta vida; no sé si puede en ella hacer Dios gracia mayor al hombre, que concederle que por su ministerio los hombres perversos se muden a mejor vida, y que de hijos del demonio se hagan hijos de Dios. Acaso le parecerá a alguno que es más resucitar muertos; pero ¿por ventura será cosa mayor resucitar la carne, que ha de tornar a morir, que el alma, que ha de vivir para siempre? No debía la esposa de Dios recibir de su Esposo otro dote, ni convino al Esposo dar otro dote a su esposa, sino que por la gracia de adopción pueda engendrar para Dios muchos hijos, y de hijos de ira e hijos del infierno, escribirlos por herederos del cielo.»

Añaden otros santos que es éste el mayor milagro de Dios, prefiriéndole a este mismo milagro de la resurrección de los muertos. San Gregorio, en el tercer libro de sus *Diálogos* (c. 17), dice: «Si abrimos los ojos interiores del alma y consideramos atentamente lo que no se ve, hallaremos que es mayor milagro, sin duda, convertir a un pecador con la palabra de la predicación y con la fuerza de la oración, que dar vida a un cuerpo muerto. Porque, ¿cuál piensas que fué mayor milagro del Señor: resucitar a Lázaro *cuatriduano* y dar vida al cuerpo que *olía ya mal* en la sepultura, o resucitar el alma de Saulo, que le perseguía, y trocarle en Paulo y hacerle *vaso de elección*? Sin duda que fué mucho mayor milagro, y de mayor provecho para la Iglesia de Dios, el convertir a Paulo que el resucitar a Lázaro; y así es menos resucitar el cuerpo muerto que no al alma.

San Agustín confirma lo mismo, diciendo (7):

(6) *In Benjamin minore*, cap. 44.

(7) *Serm. 44, De Verb. Dom.*

«Los milagros de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a todos los que los oyen y creen, mueven; pero no a todos de una misma manera. Porque algunos, maravillándose de los milagros corporales, no echan de ver los otros mayores que en ellos se encierran; pero otros hay que lo que oyen haber hecho el Señor en los cuerpos, entienden que ahora lo obra en las almas, y de ello se maravillan más. Ningún cristiano, pues, dude que hoy día en la Iglesia de Dios se resucitan muertos. Mas no todos los hombres tienen ojos para ver resucitar a los que están muertos en el corazón, sino solos aquellos que en el corazón han ya resucitado. Mayor milagro es resucitar al alma, que ha de vivir para siempre, que no resucitar al cuerpo, que ha de tornar a morir.»

Esta obra tan maravillosa de la gracia, no sólo ha de obligar a los pecadores para procurarla, pero también a los justos para adelantarla. ¡Oh, si acabásemos de entender bien qué es cualquier acto de virtud con que se aumenta la gracia y adquiere nuevo derecho a mayor gloria! No cesáramos de obrar continuamente actos virtuosos, ni de ejercitar cada momento los afectos santos del corazón, repitiendo cuantas veces respiramos actos de amor de Dios y ardientes oraciones, exhalando al cielo fervorosos suspiros. ¡Oh, si supiesen los hombres qué es decir: Os amo, Dios mío, sobre todas las cosas! ¡Oh, si supiesen qué es invocar a su Redentor, cuyo nombre *no se puede pronunciar* como se debe *sin el Espíritu Santo!* No dejarían punto de tiempo ocioso, que no enviasen mil veces sus corazonces al cielo. ¡Oh, si supiésemos qué es remediar al pobre, si supiésemos qué es callar habiendo recibido una injuria! Por cierto que el cielo nos parecería que se nos abría de contento con la oportunidad de merecer, y no cabríamos de gozo cuando semejantes ocasiones encontrásemos, como hacían los Apóstoles, que tuvieron verdadero aprecio de la gracia, de los cuales se escribe (*Act., 5*) *que iban gozosos por haberse hallado dignos de padecer contumelias por el nombre de Jesús.*

Finalmente, si acabásemos de entender qué es un acto de virtud, o interior o exterior, quien pudiese

hacer ciento no se contentaría con noventa y nueve, porque en hacer uno más va mucho. Uno solo, pues con él se aumenta la gracia, es mayor cosa que resucitar muertos, y que las mayores maravillas que obró Cristo nuestro Redentor.

Cada obra de virtud es más maravillosa que los más grandes milagros que pueden admirar los ojos humanos. Por lo cual dijo San Eulogio (8): «No debemos nosotros maravillarnos tanto de los milagros que se hacen, cuanto considerar atentamente si los obradores de estos milagros han desechado de sí los vicios y son esclarecidos en virtudes. Si son muertos al mundo y viven a Dios. Si por aquella caridad que sobrepuja a todos los otros dones de Dios, huellan y ponen debajo de sus pies todos los apetitos y regalos y blanduras del siglo. Si usan del don de hacer milagros, no para su honra, sino para la gloria del Señor, que se le dió. Si, siguiendo de todo corazón la doctrina del verdadero Maestro, no se gozan porque los enemigos los obedecen, sino porque sus nombres están escritos en el cielo. Estas virtudes son más admirables en los que obran milagros que los mismos milagros que obran.»

CAPITULO 5

LA OBRA DE LA JUSTIFICACIÓN, EN QUE SE INFUNDE LA GRACIA, ES LA MAYOR DE LAS OBRAS DE DIOS

§ 1

Miremos ahora a la gracia, no sólo como superior a la naturaleza, no sólo como mayor que todas las obras milagrosas, sino que por su grandeza es la máxima de las obras de Dios que ha

(8) Lib. 1, De Mart.

hecho en las criaturas; y que con ser tan grande y de suma omnipotencia y superior a todos los milagros, no es obra milagrosa, lo cual ha de ayudar a estimarla y agradecerla más, como luego diré.

Porque, primero, quiero confirmar lo que sumariamente hemos dicho, con la autoridad del Angélico Doctor, el cual, después de haber enseñado que la gracia es lo primero que entra en la justificación del pecador, pregunta si es la mayor de las obras de Dios. Y resuelve que lo es, considerada la grandeza de la obra. «Una obra —dice (1)— se puede decir grande por la grandeza de lo que se hace; y, según esto, mayor es la justificación del pecador, que se endereza al bien eterno de la participación eterna, que la creación de cielo y tierra, que se endereza al bien de la naturaleza mudable. Y así San Agustín (2), después de haber dicho que era cosa mayor hacer del pecador justo que criar cielo y tierra, añade: Porque cielo y tierra se pasarán, pero la salvación de los predestinados y la justificación, permanecerá.»

Ruego al cristiano que considere la doctrina de estos santos, y haga concepto cómo la gracia que recibe es la mayor de las obras de Dios, que obra su omnipotente brazo en las criaturas. Y algunos doctores declaran (3) que es la mayor que puede hacer en un hombre o ángel puro, y que es obra que la hace Dios para que dure. Mire qué atrevimiento es deshacer tal obra de su Señor y Criador.

El rey Antíoco, por haber maltratado el templo de Dios en Jerusalén, fué herido de la mano divina. Brotaban gusanos sus miembros, las carnes de ellos se le caían a pedazos, el hedor que echaba de su cuerpo apestaba todo el ejército; pues ¿qué merecerá quien no maltrata, sino

(1) 1, 2, q. 113, art. 9.

(2) Tract. 72 in Joan, t. 9.

(3) Lobetio, *De Peccato*, lib. 2, prop. 2, párr. 3.

asuela el templo espiritual de Dios, en que está con más gusto que en los cielos tan hermosos que vemos?

Esta consideración, de ser la justificación la mayor de las obras divinas, no sólo ha de servir para que no se pierda la gracia, sino para que la aumentemos cada día. Porque así como es tremendo caso atreverse a deshacer hechura de Dios tan rica y excelente, así es grande la gloria de ayudar a su Divina Majestad en obra tan prima y estimada. ¡Oh redimidos de Jesús! Agradeced esta honra a vuestro Redentor; y pues nos ha dado parte en cosa tan grande, no quede por nuestra causa obra de tanta gloria de nuestro Dios y Señor. Por grande fineza de Joab (2 Reg., 12) se tuvo, que cuando había de entrar en la ciudad real de Rabat no quiso él solo gozar de aquella victoriosa hazaña sin dar parte en ella a David, para lo cual le llamó, queriendo que él concurriese a aquella famosa acción. ¡Oh Señor!, ¿qué es esto que usáis con vuestras criaturas, dándoles tanta parte en vuestras glorias? Por cierto, no habíamos de cesar de adelantarse y promover esta obra, de que tanto os preciáis y de que tanto os holgáis, añadiendo siempre e igualando gracia a gracia, como habla vuestro Profeta.

§ 2

Esto que enseña Santo Tomás, que la justificación del pecador es *la mayor de las obras de Dios*, se ha de entender *de las obras que hace con puras criaturas*, aunque entre en ella la visión beatífica y la lumbre de gloria con que eleva Dios al alma para que le vea y consiga la bienaventuranza eterna. Porque, como notan doctísimos escolásticos (4), la gracia se prefiere en su perfección esencial a los dones de la gloria; porque se compara la gracia a los demás dones sobrenaturales, aunque sea la misma gloria, como la esencia y naturaleza a sus potencias y actos;

(4) Suárez, lib. 6, cap. 13; Valent., d. 8, punct. 4.

y la esencia de una cosa es más perfecta que sus pasiones y potencias.

De suerte que sólo la obra de la Encarnación, en que se hizo Dios hombre, uniendo nuestra naturaleza a la persona divina del Verbo Eterno, fué obra mayor. Pero de esto mismo se ha de sacar una grande excelencia de la gracia y de la justificación en que ella se infunde, que *por su causa* se hizo la Encarnación. De manera que la obra mayor que es posible a la omnipotencia divina, que ni Dios la pudo ejecutar mayor, ni querer mejor, ni pensar mayor ni mejor, la hizo por amor de esta obra de la justificación por la gracia, a la cual estimó tanto su infinita caridad, que no perdonó nada por consumarla en los hombres. Para que vea el hombre si es razón que perdona trabajo por cosa en que el Hijo de Dios no perdonó ninguno, ni el Padre Eterno a su mismo Hijo.

También se ha de advertir que la obra de la glorificación con que Dios comunica a los bienaventurados la vista clara de su ser infinito, aunque *absolutamente* fuese en sí más grande que la justificación, con todo eso dijo Santo Tomás que *proporcionalmente* es mayor la obra de la justificación por la gracia que la de la glorificación (5). «De esta manera—dice—, el don de la gracia, que justifica al pecador, es mayor que el don de gloria, que beatifica al justo; porque más excede el don de la gracia a lo que merece el pecador, que es digno de pena, que el don de la gloria a lo que merece el justo, el cual, por el mismo caso que está justificado, es digno de la gloria. Y por eso dijo San Agustín: Júzguelo el que pudiere, cuál sea cosa mayor, criar Dios justos a los ángeles, o hacer justos a los pecadores. Verdaderamente, si uno y otro es de igual poder, esto último es de mayor misericordia.»

Y claro está que no haría tanto uno en dar

(5) 1, 2. q. 113, art. 2.

mil ducados a quien los debe dar, como en dar quinientos liberalmente a quien le debía mil. La gloria debe Dios a los justos; mas la gracia no debe a los pecadores, antes los pecadores deben a Dios eternas penas de sus pecados; pues perdonárselas Dios, y darles encima tal tesoro, como el de su gracia, es una obra digna de la grandeza divina, y mucho para estimar tal misericordia.

La estimación de las cosas no se mide siempre por su grandeza, sino muchas veces por su necesidad o dificultad. Porque aquel hombre que propuso el profeta Natán a David, que tenía sólo una oveja, más la estimaba a ella sola que el Santo Job a todos sus ganados, por la mayor necesidad que tenía. Y a David, más preciosa le parecía el agua de la cisterna de Belén, que la de otras fuentes mejores, por la dificultad de alcanzarla. Pues si la necesidad y pobreza del pecador es suma, y no menor la dificultad de alcanzar la gracia, imposible a sus fuerzas, ¿por cuán estimable, o por mejor decir, por cuán inestimable cosa debe juzgar lo que tanto había menester y era tan imposible tener? Y así, por parte de los pecadores debe ser preciosísima esta obra; y no menos de parte de quien la da, que es Dios, es obra de mayor misericordia y de una infinita dignación.

§ 3

Allégase a esto una notable diferencia que hay entre la gloria y la gracia, que declarará bien vivamente cuánto debemos estimar la gracia sobre otros dones divinos. Porque a la gloria, en cuanto es gozo nuestro, es lícito en algunos casos, y con sus debidas circunstancias (6) no desealarla; y cuanto es de parte del hombre, si pu-

(6) Molín., in 1 p., q. 24; Taul., serm. *De Assumpt.*

diera ser, no admitirla, y pedir a Dios le excluya de ella; pero no hay caso en que se pueda pedir que le prive Dios a uno de la gracia. Moisés pidió a Dios *le borrarse del libro de la vida*, que, como declaran San Crisóstomo (7) y otros Padres y Doctores, fué pedir le borrarse de la lista de los predestinados a gozar de la gloria; lo cual pidió a Dios lícita y virtuosamente porque perdonara a su pueblo. San Pablo *deseaba ser anatema de Cristo por sus hermanos*, en lo cual deseaba ser excluido del gozo de la bienaventuranza eternamente, y aun padecer las penas del infierno, porque no se perdieran sus hermanos, como lo declaran San Crisóstomo (8), San Anselmo, Teodoro, Casiano y otros muchos intérpretes.

Este deseo de aquestos dos Santos, de ser privados de la gloria por la caridad del prójimo, es de heroica virtud, y muy loable y lícito, hecho con sus debidas circunstancias. Pero ningún Santo deseó, ni pudo desear, ni pedir que Dios le privase de su gracia, que sucede por pecado grave; ni aun que dejase de adelantarla con comisión de un pecado leve, aunque se condenase todo el mundo, aunque se perdiesen todos los hombres y ángeles.

De manera que la gracia hemos de estimar en nosotros aún más que gozar de la misma gloria. Más debe estimar un hombre el tener a Dios contento, que tener el hombre contento. Por la gracia damos a Dios contento, por la gloria le tenemos nosotros; y el agrado y gusto de Dios debe ser preferido al nuestro. Y así lo hizo San Anselmo, que dijo que más quería estar en el infierno con gracia, que en el cielo sin ella.

¡Qué lejos está de entender esta verdad el mundo, que sólo suele poner su deseo en la gloria, sin hacer cuenta con la gracia! No hay ninguno que pecara, si entendiera que por aquel pecado había de perder la

(7) Lib. *De Compunct.*, etc. in Ep. ad Romam.

(8) Chrisost., cap. 9 ad Rom.; Cas., Collat., cap. 29, 6.

gloria, condenándose sin remedio; pues ¿cómo peca, perdiendo sin duda alguna la gracia, la cual debemos escoger antes que la misma gloria, si se pudiera apartar de la gracia? ¿Cuántos hay que, esperando en la misericordia divina que al tiempo de la muerte han de hacer penitencia y salvarse, se arrojan a cometer un pecado, pensando que, si esto es así, perderán poco?

¡Oh necios! ¡Oh desatinados! Demos que sea así, que habéis de venir a salvaros, lo cual es muy incierto; con todo eso, si perdéis la gracia, perdéis a Dios y perdéis lo que habíais de sentir más que la misma gloria. El estar un punto sin gracia—que no se puede hacer sin pecado—se debía sentir más que carecer eternamente del gozo de la gloria. Abrid los ojos, hombres confiados; haced peso, hombres engañados, de lo que debéis estimar la gracia de vuestro Redentor; y por no estar sin ella un instante, escoged antes estar en eternos tormentos. Piérdase la vida, piérdase la hacienda, piérdase la honra, piérdanse los hijos, piérdanse los padres, piérdanse todas las criaturas, piérdase el gozo de la gloria, y no se pierda la gracia por un instante cometiendo algún pecado.

Agripina deseaba tanto ver a su hijo emperador, siquiera una hora, que dijo que por ello perdería la vida. Más que rey es quien está en gracia; más que emperador de mil mundos: ni por una hora ha de querer perder tan grande honra.

El Apóstol San Pablo, que deseaba—como hemos dicho—ser privado de la gloria a trueque de que se salvaran sus hermanos, llegando a hablar de la gracia y caridad, que están siempre juntas, habla con tal resolución, que ni por cielo ni tierra, ni trabajo ni peligro, ni cosa alguna presente ni futura, permitiría le faltase la gracia, ni ser apartado de Cristo con menoscabo de la caridad. Y así dice (*Rom.*, 8): *Cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni las virtudes celestiales, ni las cosas presentes ni las venideras, ni fortaleza alguna ni alteza, ni el profundo, ni otra criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios.* Como si dijera: Yo que estoy deseando estar apartado de la gloria de Cristo y ser privado de ella por la salvación del prójimo, tengo tanta estima de la gracia y de no carecer de ella por un instante, que no hay caso posible ni imaginable

en que consienta ser privado de ella. Este aprecio se debe tener de la gracia sobre todo otro bien humano o don divino; y con pérdida de la gracia no se ha de escoger bien alguno, ni la misma bienaventuranza, si pudiera estar sin ella.

§ 4

NO ES MILAGRO LA GRACIA

Tras todas estas grandezas de la justificación, con ser la mayor de las obras de Dios, así naturales como milagrosas, superior aun a los milagros que hizo el mismo Cristo en confirmación de su doctrina, *no es milagro la gracia*, lo cual nos ha de hacer mucho más agradecidos a Dios y estimadores de este inmenso beneficio.

Trata el Angélico Doctor este punto con la sabiduría que suele, y pregunta si la obra de la justificación es milagrosa. Y responde que, si bien por ser la gracia sobre todas las fuerzas de la naturaleza, y ser sólo la virtud divina la que la puede producir, se podría decir en ese sentido milagrosa; con todo eso, por otras razones no lo es, señaladamente «porque en las obras milagrosas—dice (9)—se halla alguna cosa no acostumbrada, y fuera del orden común de causar, como cuando un hombre consigue perfecta salud de repente, fuera del curso ordinario de la sanidad, que sucede por virtud de la naturaleza o del arte. Y cuanto a esto, la justificación del pecador, algunas veces es milagrosa y otras no. Porque el común y ordinario curso de la justificación es que, moviendo Dios interiormente al alma, se convierta el hombre a Dios, al principio con una conversión imperfecta para que después venga a la perfecta; porque la caridad que comienza merece aumentarse, para que la aumentada merezca perfeccionarse, como dice San

(9) 1. 2, q. 113, art. 13.

Agustín. Pero algunas veces mueve Dios al alma tan vehementemente, que desde luego alcanza la perfección de santidad, como aconteció en la conversión de San Pablo, a que se juntó ser milagrosamente postrado en tierra; y así la conversión de San Pablo se celebra en la Iglesia como milagrosa». Esto es de Santo Tomás.

¿Quién no ve aquí el infinito deseo que de nuestro bien tiene Dios, y su inmensa liberalidad, que este don tan grande de la gracia y justificación le haya hecho ordinario y acostumbrado, y siendo sobre todos los milagros, deje de ser milagro por común?

La infinita bondad de nuestro Criador ha hecho ordinario este don para que topemos con él, y todos los que quisieren le alcancen.

No es razón, Señor, que porque Vos seáis más liberal con el hombre, os sea el hombre menos reconocido. Tal es la gracia, que porque no carezcamos de este bien, hicisteis ordinario lo que es milagroso, para que el hombre no haya excusa en procurarlo.

CAPITULO 6

LA GRACIA ENSALZA AL QUE LA TIENE A UN GRADO Y DIGNIDAD SOBRENATURAL

§ 1

En todas estas incomparables grandezas de la gracia, que hasta ahora hemos más apuntado que declarado, se ha de considerar una particularidad, que las realza mucho más, que es comunicar la grandeza y ser que tiene a su poseedor.

Los filósofos, y singularmente Séneca, notaron una grande mengua en los bienes de la tierra y posesiones de las riquezas naturales, y es que las podemos *tener*, mas no *ser* lo bueno de ellas; porque sólo se pueden poseer exteriormente, mas

no tener en lo interior del alma. Y así, Séneca, dando razón del desprecio de las riquezas, dice (1): «Ponme en una casa riquísima; pon que pueda usar del oro y plata que quisiere; no me estimaré por estas cosas, las cuales, aunque estén junto a mí, están fuera de mí.» Las riquezas de cosas naturales no vuelven a su posesor más bueno ni le mejoran en un punto; no le hacen de complexión o temperamento más sano ni más fuerte; no porque uno posea grandes tesoros y minas de oro, tendrá parte de su cuerpo dorada; ni si fuera señor de estos cielos estrellados, tendría su hermosura y resplandor; ni aunque fuera rey de los mismos ángeles, llegaría a tener entendimiento de ángel. Porque la posesión de todas estas riquezas naturales no llega a la persona, sino se queda fuera, y así no le dan semejante forma y ser.

Mas la posesión de los bienes sobrenaturales y espirituales, y señaladamente la gracia, es de mucho mejor condición; porque no sólo exceden incomparablemente en su substancia a todo lo temporal y natural; pero en esta circunstancia de dar el mismo ser y grado a quien los tiene. Porque no son de condición que se posean exteriormente, sino intrínsecamente; no se quedan de fuera, sino en la misma persona y hasta la misma alma se entran y la ensalzan a todas sus excelencias. Y así la gracia, que es superior a toda la naturaleza, hace al que la tiene también superior a toda la naturaleza, sublimándole a grado superior y mayor que cuantas naturalezas Dios ha criado en este hermosísimo mundo, en cielo y tierra. Todo lo grande que en sí tiene la gracia lo tiene el alma que está en gracia; la gracia es, como hemos dicho, sobre toda la naturaleza; y así el que la tiene es superior a toda la naturaleza. Un grado de gracia es más que todo el universo, y también el que le alcanza es

(1) *De Vita beata*, cap. 25.

superior a todo el mundo. La gracia es mayor que todos los milagros, y el que la posee también es más que todas las maravillas. La justificación que se hace con la gracia es la mayor de las obras divinas; de la misma manera, el justificado por la gracia es la más prima hechura de Dios entre las criaturas puras. La gracia es cosa sobrenatural; así también quien la tiene se realiza a un ser sobrenatural y estado divino.

Esto es lo que dijo San Cirilo Alejandrino (2): «Los que por la fe de Cristo fueron llamados, dejaron la vileza de su naturaleza, y por la gracia de Cristo, que así nos honró, como vestidos de una resplandeciente púrpura, suben a una dignidad sobrenatural.» Confirma con esto Dionisio Cartujano, que dice (3): «La preciosidad de la acción meritoria se toma por parte de la gracia, que hace al hombre grato a Dios, lo cual es una sobrenatural semejanza de la esencia divina, y por parte de la criatura racional, que por la gracia es constituida en un ser sobrenatural.»

Ruego, pues, a los que aquí llegaren, que ponderen qué es esto de ser un hombre ensalzado sobre toda la naturaleza, y sublimado a un ser *sobrenatural*. ¿Qué honra fuera si Dios escogiera alguno, no sólo como Adán, por cabeza de este mundo inferior y señor de los animales, sino por rey de cielos y tierra, ángeles y hombres, cuanto a lo natural que en estas cosas hay? Toda esta grandeza y superioridad no tiene que ver con la dignidad de quien está en gracia; porque con modo más superior y divino es elevado sobre todo ser natural, aunque sea de los querubines y serafines. Y verdaderamente más se aventaja un hombre en gracia, aunque esté lleno de dolores y miserias, a la naturaleza de los mayores ángeles y de más perfecta y excelente esencia que haya, que no la naturaleza de un serafín a un gusarapillo y gusano hediondo.

(2) In cap. 14 Joan.

(3) In 2, disp. 28, q. 2, sentent. Durandi.

Considerere esto el pecador y estremézcase de su caída cuando pierde la gracia.

¿A quién no pone horror el suceso de Nabucodonosor, que del trono más sublime del mundo fué abatido a ser bestia? ¡Qué caída más espantosa! Aquel rey poderosísimo, aquel emperador victorioso, aquel triunfador de Judea, Tiro, Egipto y de todo el mundo, a cuya feicidad y triunfos no llegó hombre nacido, cuyo imperio señoreó todo lo que quiso, de quien dice el profeta Daniel (4, 17) que *su grandeza llegó hasta el cielo y su poder hasta los fines de la tierra*, este tan grande príncipe fué en una hora depuesto de toda su majestad, despojado de su reino, echado al campo con las fieras (4). Comía heno, como buey; dormía en los montes desiertos, como oso; los cabellos le crecieron como plumas de águila, y las uñas se le encorvaron como a las arpias. Considerere el pecador esta transformación, donde, como en un borron, está bosquejada su caída, mayor, sin comparación alguna. Porque aqueste rey sólo cayó de la grandeza de la tierra, y pasó a ser como bruto animal; mas quien pierde la gracia, cae de mayor grandeza que de cielo y tierra, pues estaba superior a todo lo que Dios crió en ellos, y se abate a ser compañero, no sólo de fieras, sino de demonios.

§ 2

Conozca el hombre la dignidad sobrenatural que tiene por la gracia, y viva conforme a ella. Muy lejos ha de estar de las leyes del mundo quien está sobre el mundo. Muy lejos ha de tener el corazón de la tierra quien está sobre el cielo.

Los filósofos antiguos, por sólo la capacidad del hombre para contemplar el cielo, encomendaban el desprecio de la tierra. Uno de ellos dice esta notable sentencia (5): «Entonces tiene el ánimo consumado y lleno el bien de la fortuna humana, cuando pisado todo el mal, se sube a lo alto, y se llega al más interior seno de la naturaleza. Entonces, discurriendo entre las estrellas, es justo reírse de los palacios de los

(4) Dios le castigó con la enfermedad conocida con el nombre de *locura zoantrópica* o *licantropía*.

(5) Sénec., lib 1, q. Nat., *In Praefat.*

reyes, y de toda la tierra, con su oro cuitado: no digo sólo lo que echó fuera, y entregó para que lo sellasen en moneda, sino lo que guarda escondido para la avaricia de los que nacieren. Ni puede antes el ánimo menospreciar las portadas y techos relucientes de marfil, ni las selvas o jardines compuestos a tijera, ni los golpes de agua, y fuentes conducidas a los alcázares, sino es que dé una vuelta a todo el mundo, y despreciando desde arriba la redondez de la tierra estrecha, y en gran parte cubierta de mar, y aun por la parte que se descubre descompuesta y seca, o requemada o helada, se diga el hombre a sí mismo: ¿Este es aquel punto que entre tantas gentes se divide a fuego y hierro? ; Oh, cuán ridículos son los términos de los mortales! Dacia no se extiende de la otra parte de Histro, y el río Estrimón encierra a Tracia; el Eufrates detiene a los partos, el Danubio desparce las armas de los sármatas y romanos; el Rin haga algún término de la Alemania; los Pirineos levanten sus collados entre España y Francia; y entre Egipto y Etiopía extiéndanse incultos despoblados de arena: si tuviesen las hormigas entendimiento humano, también dividirían una era en muchas provincias.

»Pues cuando levantares el corazón al cielo, a aquellas cosas verdaderamente grandes, cuántas veces verás caminar los ejércitos levantadas las banderas, y como si fuera gran cosa su empresa, discurrir la caballería, ya pasando adelante, ya derramándose a los lados, de modo que puedas decir: Corre por los campos la hueste negra. Estas correrías son de hormigas, que se afanan en angosto trecho. ¿Qué diferencia hay de ellas a nosotros, sino la medida de un cuerpecillo pequeño? Punto es, oh hombres, aquello en que navegáis. Punto es aquello en que os coméis a bocados con guerras. Punto es aquello en que disponéis los reinos. pequeñísimos por cierto, pues de una parte y otra el océano los encarcela. En lo alto hay desmedidos espacios, a cuya posesión es admitido el ánimo.»

Otro filósofo [griego], después de haber considerado las cosas desde la luna, que es la parte más baja del cielo, y desde allí, no pudiendo divisar [las partes de] la tierra hasta que le dieron vista de lince, entonces, mirando las cosas del mundo, dice (6): «En tan di-

(6) Menippus, *In Icaromenippo* Luciani.

verso y vario teatro, todas las cosas que se hacían me parecían ridículas; pero, principalmente, no podía detener la risa viendo a aquellos que andaban ocupados en medir tierras y poner mojones, y sobre ello reñían, y estaban muy contentos con el campo Sicionio, o que tenían aquella parte que cae junto a Enor, o que en Acarnania tenían mil fanegas de tierra, como toda Grecia no tenga, mirada desde lo alto, más que cuatro dedos de espacio, y la mínima parte de ella era la provincia Atica. Desde allí vi todo lo demás que levanta los espíritus a los ricos; porque el que entre ellos poseía más tierra, apenas me parecía que era un átomo, e indivisible, de Epicuro. Y como volviese los ojos a mirar el Peloponeso, y desde allí al Septentrión, me acordé por cuán pequeña partecita, que no era mayor que una lentejuela, murieron en un día tan grande multitud de argivos y lacedemonios. Pero si miraba a un ricazo muy soberbio con su oro, porque tenía ocho anillos en las manos, y unas cuatro preseas ricas, ahí eran las carcajadas, porque me moría de risa; porque toda la redondez de la tierra, con todos sus metales, apenas era una migaja.»

Luego añade: «Muchas veces habrás visto las juntas de las hormigas, cómo unas andan alrededor, otras salen más lejos, y luego se tornan. Esta va cargada con un poquito de estiércol, otra con un hollejillo de una haba, o con medio grano de trigo camina muy a priesa. Y también tendrán en su modo oficiales, sus arquitectos y sus magistrados. Pues las ciudades de los hombres, con todos sus vecinos, no parecían otra cosa sino nidos de hormigas.»

Si esto alcanzó la razón, que comparadas unas partes de la naturaleza con otras, debe despreciar la tierra con todas las riquezas y reinos; quien salta fuera de este territorio natural, quien traspasa el sol y las estrellas, quien se pone desotra parte del mundo y superior a los cielos, ¿cómo debe despreciar la tierra? Si el pensar sólo la grandeza de los globos celestes hace tener en poco este ovillo de tierra y mar, ¿qué debe hacer quien no con el pensamiento, sino con su persona y dignidad, los excede?

Si uno mirase desde la luna a la tierra, un globo no muy grande la juzgara. Suba más alto, y desde el firmamento la considere; no se divisará, antes todo el globo elemental juzgará menor que un grano de mosta-

za. No sólo este orbe grave, sino todo ese espacioso campo del aire, donde se fraguan tantos meteoros y constelaciones, y cuanto hay debajo de las estrellas, no será perceptible para quien tan levantado lo mirare. Y si saliese del mundo a proporcionada distancia, toda esta máquina del universo juzgara muy pequeña. Pues si la distancia corporal así hace desaparecer las cosas, ¿qué será la espiritual? Porque no hay distancia corporal de una cosa a otra, que se pueda proporcionar con la distancia espiritual y sobrenatural y de excelencia, que hace la gracia a todo el universo de la naturaleza. ¡Tan estupenda es la grandeza a donde sube el pecador contrito!

¿A quién no admira la dicha del Santo José, que, de preso y esclavo de un egipcio, vino a ser señor de todo Egipto, que es un punto de este punto de tierra? ¡Y que el pecador, de esclavo del demonio y preso de sus pasiones, suba en un momento, con un acto de verdadera contrición, a ser más que señor del mundo! Esto no se considera y estima, porque no lo ven los ojos; pero antes por eso mismo, porque no son capaces los sentidos de esta grandeza, se debe estimar más, pues no es perecedera ni falsa. Engañan los sentidos a la razón, mas la fe la ha de corregir; y así como mirando a las estrellas, aunque las ven los ojos no mayores que la luz de una hacha, la razón científica los corrige, y persuade que tienen muchos millares de grandeza, así también, aunque no perciba el sentido grandeza alguna en los bienes del alma, la fe, que es superior a la razón, ha de persuadir la verdad. Más grande cosa es la gracia que el mundo; y uno que está en gracia, mayor es que toda la naturaleza.

§ 3

Considérese, pues, uno que ha subido a esta altura sobrenatural, superior a todo lo sensible, y con una santa generosidad, córrase de vivir conforme a su carne y sangre y otras inclinaciones naturales; avergüéncese de la misma naturaleza quien es superior a ella. En las grandezas humanas sucede, cuando ha pasado uno de bajo estado a superior dignidad, correrse de la primera condición, concibiendo nuevos espíritus con la grandeza presente a que ha llegado. Sálganos los colores al rostro de la carne y sangre que so-

mos, de la vileza de gustos a que nuestra villana naturaleza inclina, de los apetitos que el tosco natural solicita.

Parado cuenta de Isidoro Alejandrino (7) que cuando iba a comer vertía arroyos de lagrimas; y preguntandole la causa, respondió: «Lloro porque me avergüenzo de que me he de sustentar con manjar que no sea racional, siendo yo capaz de razon, y nasciendo de gustar los dulces celestiales del paraíso.» Este pun-donor habian de tener todos los siervos de Dios, corriéndose de sujetarse a acciones comunes con las bestias los que han de ser companeros de los angeles, y en la alteza de su estado se han aizado sobre la naturaleza. Es una airiosísima vileza y desorden perder tanta dignidad por un gusto bestial. Lejos han de estar de todos los contenidos materiales, y de su carne y sangre, los cristianos que, fuera de correrse de ello, se han de gloriar de sus penaudades.

San Pablo nos dio de esto buen ejemplo; hablando contra los judios, que se gloriaban mucho de su carne y sangre, les dice (Gal., 6): *Muy lejos este de mí gloriarme en otra cosa sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien estoy crucificado al mundo, y el mundo a mí.* Con la alteza y dignidad que por la gracia habia alcanzado, se corria el Apóstol de todas las glorias de la carne y sangre, gloriándose en sus men-guas y penas. El mismo dice (Gal., 1) que luego que Dios le llamó por su gracia, que *al punto no dió contento ni oídos a su carne y sangre*; lo cual hacia tan de veras, como dice en otra parte, que *se gloriaba en sus enfermedades* y mala ventura de su cuerpo.

Ha de considerarse el cristiano como transformado en una nueva criatura de otra región y de otras leyes, con otra vida y espíritu, despreciando todo lo que se precia en este mundo, estimando todo lo que se desestima. Porque, como dice el mismo Apóstol (Gal., 6), *no vale cosa alguna nada, si no es nueva criatura en Cristo Jesús.* Este beneficio es de la gracia, que da un nuevo ser a los hombres sobre todo el ser de la naturaleza, por lo cual se deben reputar los que piadosamente entienden que la tienen, por gente de otra naturaleza más divina, y criaturas de otro mundo más excelente, y sin comparación superior a éste. Porque,

(7) *Hist. Laus.*, cap. 1.

como dice San Gregorio Nacianceno (8), «así como nos crió Dios, así también después de criados nos reparó, y nuevamente nos formó con una forma y fábrica más divina, y que en gran manera se aventaja a la primera fábrica». Pues si por el beneficio de la creación y primera formación fué el hombre criado por señor de la naturaleza, por la segunda, que es más divina y excelente, ¿a cuánta mayor grandeza subirá?

CAPITULO 7

LA GRACIA ES UNA PARTICIPACIÓN DE LA NATURALEZA INCREADA DE DIOS

§ 1

Aunque todas las excelencias que hasta ahora hemos dicho de la gracia son tan grandes, no tienen que ver con lo que ahora diré. Mucho es ser la gracia sobre toda naturaleza criada o que se puede criar; más es colocar al hombre en un grado *sobrenatural*; pero mucho más es constituirle en el orden divino. A esto llega la gracia, que no sólo se levanta sobre toda naturaleza, aun la humana y angélica, pero llega a ser una excelentísima participación de la divina.

El primero que nos significó esta alteza de la gracia fué el Apóstol San Pedro, cuando dijo (2 *Petr.*, 1) que *por sus dones grandisimos y preciosas riquezas nos hacíamos consortes y participes de la naturaleza divina*. Y así entienden este lugar San Atanasio (1), San Agustín, San Cirilo, Santo Tomás y otros Padres y escolásticos, que afirman ser la gracia una excelentísima *participación de la naturaleza divina*, no como quiera, sino en supremo grado, y en cuanto excede a otro ser, que es infinitamente.

(8) Orat. 40.

(1) Athanas., Orat. 2 contra Arr., etc., lib. *Ad Serapionem*; Aug., ep. 102, cap. 4; Cir., lib. 3 *Thes.*, cap. 3.

La grandeza que en esto se encierra es tan grande, que no lo acaban de declarar los Padres y Doctores. Según San Dionisio Areopagita (2) es tal, que levanta la gracia a quien la tiene a un orden y estado divino, comunicándole una vida divina. San Máximo (3) dice: «Es propio de la gracia dar a las criaturas la divinidad; la cual gracia, con luz sobrenatural, ilustra a la naturaleza, y por la excelencia de su gloria la constituye sobre sus propios términos.» El Angélico Doctor dice (4) que deifica y endiosa el alma. ¿Qué mayor grandeza puede ser que aquesta, pues por ella sube una criatura a estar—digámoslo así—en un orden con el divino?

Todas las cosas están divididas por sus dignidades y grados. Algunas naturalezas no tienen más que un ser simple, como los elementos; otras tienen un ser compuesto con particulares propiedades que de él resultan, como las piedras y los metales; otras tienen, fuera de eso, un ser vivo, como los árboles y las demás plantas; otras, subiendo otro escalón más adelante, sobre el ser vivo le tienen sensitivo y capaz de algún conocimiento, como las aves y animales; y otras, sobre el ser sensitivo, tienen el racional, que es excellentísimo; otras están en clase superior, teniendo ser espiritual purísimo e intelectual, como los ángeles. Y en estas naturalezas espirituales hay varios grados, sobrepujándose unos a otros. Sobre los ángeles están los arcángeles; sobre los arcángeles los principados; sobre éstos está la segunda jerarquía, que consta de otros tres órdenes, de potestades, virtudes y dominaciones; sobre todos éstos están los tronos; sobre los tronos, los querubines; sobre los querubines, los serafines; sobre la perfección de los serafines no hay otra naturaleza criada. Pero demos que hubiese otros millones de grados; sobre todos éstos

(2) Cap. 3, *Eccles. Hierarch.*

(3) Cent. 1, cap. 76.

(4) 1, 2, q. 112. art. 1.

está el Ser Divino, que infinitamente excede a todo lo criado y que se puede criar.

Pues la grandeza de la gracia es que no para en ningún grado de la naturaleza *creada ni creable*, sino que, trascendiendo toda otra perfección, pertenece al grado divino. Pues, ¿qué género de excelencia es que, como la palma y el cedro están en el grado de vivientes, y el león y caballo en el sensitivo, y el hombre por su naturaleza en el racional, y el ángel en el espiritual, así el alma, cuando está en gracia, alzándose sobre toda otra perfección de grados, esté en el divino, entrando como en una clase con Dios? Verdaderamente, si entre todos los hombres y ángeles fuese una sola el alma a quien hiciese Dios este inopinable favor de infundirle su gracia, asombrara a todas las demás criaturas su grandeza. Los querubines se la humillaran; los serafines, de más encumbrada naturaleza, la reconocieran con veneración; los tronos y dominaciones la hincaran la rodilla, como a la que estaba en dignidad incomparablemente mayor y mejor. Todo el resto de las criaturas racionales e intelectuales estarían admiradas de aquel divino estado a que había subido aquella criatura.

No sé por qué causa ahora no estimamos, como es razón, tan inmensa dignidad. Ser del Tusón o del Consejo de Estado se tiene por grandísima honra, por entrar en él la persona real; y si a uno le privasen de esta dignidad, se moriría de melancolía y tuviera por la mayor afrenta del mundo. ¡Y que haya osadía en pecho humano para vivir una hora en pecado mortal, privado de aquel divino estado y dignidad en que estaba por la gracia!

Un testimonio sólo que le levantan a uno contra la limpieza de su linaje le atormenta de muerte; ¡y que no se muera de pena el pecador, viéndose con el sambenito del pecado quien era más puro que los ángeles, y participante de la naturaleza de Dios! Por cierto, mil vidas debiera dar quien no tiene la gracia, por alcanzarla; y quien la tiene, por conservarla y aumentarla. En llegando a punto de perder esta honra del

estado divino e inestimable dignidad que por la gracia tenemos, pedazos nos habian de hacer antes que peligrar en cosa de tanta consideración. Quien pierde pérdida tan inmensa, pródigo y aborrecedor es de su propio bien, y con desprecio grandísimo de su mismo Criador. Porque quien desprecia aquello que es tan excelente participación de la bondad y excelencia de Dios, y estar en un estado divino sobre toda naturaleza criada, al mismo Dios desprecia enormemente, y a si mismo se aborrece impiamente: ni tiene honra, ni juicio, ni respeto bueno.

§ 2

A esto se añade que el modo con que sube un alma a este grado divino no es como los adelantamientos de las honras mundanas, que es sólo *por reputación*, que consiste en opinión más que en alguna excelencia real y natural. Pero la gracia, no sólo por reputación levanta la criatura racional a estado divino, sino en realidad de verdad, y *por una calidad real* y otras excelentes propiedades y dones que con ella vienen, por las cuales se endiosa intrínsecamente la criatura. De manera es que viene a tener el alma por la gracia lo que Dios tiene por naturaleza. Que es lo que dijo Santo Tomás (5): «Aquello que está en Dios substancialmente, se obra accidentalmente en el alma que participa la divina bondad.»

Esto declaran los santos con varios ejemplos.

San Atanasio (6) lo explica con la semejanza de *un licor* precioso y aromático, que pega su olor a quien ungen con él, comunicándole las mismas calidades de fragancia y suavidad. Porque así como una caja donde se ha metido ámbar, aunque no tenga ella la substancia del ámbar, tiene los mismos accidentes, como el olor y suavidad, así también la persona en quien por

(5) 1, 2, q. 110, art. 2, ad 2.

(6) Lib. *Ad Serapion*.

medio de la gracia se recibe el Espíritu Santo, aunque en substancia no sea ella Dios, queda con unas propiedades divinas, y accidentalmente se obra en ella lo que en Dios está substancialmente.

El mismo Santo añade otro ejemplo del *sello* para declarar lo mismo; lo cual aprendió del apóstol San Pablo, cuando hablando con los que habian recibido la gracia, les dice que estaban *sellados con el Espíritu Santo*. Por lo cual dice San Atanasio: «Sellados de esta manera, nos hacemos partícipes de la naturaleza divina.» Porque así como el sello imprime en la cera toda su figura, la cual, quedándose en substancia cera, tiene todo cuanto estaba en el sello, así también una criatura que recibe la gracia, quedándose criatura, recibe una forma divina, y se hace deiforme, y viva imagen del Criador, y figura de su bondad y santidad.

Santo Tomás y otros Padres significan esto con otra comparación bien a propósito, que es del *hierro hecho ascua*. Por lo cual dijo el Angélico Doctor (7): «Así es necesario que Dios deifique y endiose al alma, comunicándola la participación de la naturaleza divina por participación de semejanza, como es imposible que alguna otra cosa encienda si no es el fuego.» Con la semejanza dicha del hierro encendido se declara bien vivamente esta comunicación o participación de la naturaleza divina que por la gracia se hace, y cómo con ella el alma se transforma en un ser y estado divino. Porque así como el hierro, con ser un metal muy terrestre, denegrido, oscuro, informe, frío, duro y sin actividad, puesto al fuego participa por el calor la naturaleza del fuego y no parece a la vista otra cosa sino fuego; porque el fuego le comunica luz y resplandor, con lo cual pierde su negrura y oscuridad, comunícale también el calor y actividad, con que pier-

(7) 1, 2, q. 112, art. 1.

de su frialdad y torpeza, y de duro se hace blando y a propósito para que se haga de él lo que quisieren; de la misma manera una criatura pecadora y desnuda de todo bien, con la gracia se deifica o endiosa, participando la naturaleza y propiedades divinas; de pecadora se hace santa, de terrestre celestial, de enferma sana, de fea hermosa, de natural sobrenatural, de miserable divina, participando otros excelentísimos atributos de la naturaleza de Dios. ¿Quién hay que no admire esta maravillosa transformación y excelencia a que sube un alma con la gracia?

Si un hombre, por cosa tan fácil como puede alcanzar la gracia, pudiera tener el entendimiento y la presteza de un ángel, no perdiera ocasión. Pero ¿para qué hablo de las propiedades de criaturas tan nobles como las angélicas? Si pudiera tener algunas propiedades de las fieras brutas, la ligereza de los gamos, la vida larga de los cuervos, la fortaleza de los leones, estimara muchísimo que se le comunicaran semejantes propiedades. ¿Y qué rico estuviera con el resplandor del sol, con la fortaleza del león, con la vista del linco, con el oído del ciervo, con la ligereza del águila, con el entendimiento de un querubín, con la hermosura de los cielos? Y si después de alcanzadas todas estas excelencias y calidades, las perdiera en un instante por el cumplimiento de un gusto, ¿qué espanto causara, y qué vil y atrentado quedara? Pues ¿qué tienen que ver todas estas excelencias criadas con las divinas? En la gracia nos dan, no que participemos lo mejor de las criaturas, sino lo mejor de Dios. ¡Y que esto no aprecien los hombres! ¿Que esto no procuren! ¡Que esto no lo conserven!

¿Cuán ignominiosa cosa fué que Sansón, por dar gusto a una mujer, perdiese la fortaleza de león que tenía? ¿Qué puede decir de sí quien por dar gusto a su carne, que ha de ser comida de gusanos, pierde, no la propiedad de un león, sino del ser divino? Esto júzguenlo los ángeles y llórenlo hombres y ángeles.

§ 3

Considere, pues, un alma que por la gracia participa la naturaleza divina, la honra y perfección que posee; mirese y admirese cuando llega a esta divinidad toda divinizada, y sepa estimar el estar de este grado divino; y estimando tan soberano estado, estime aquel Ser infinito que participa. Estime, ame y honre a Dios, en quien tiene tanta parte y en cuya imagen se transforma.

La semejanza, dice Platón, es causa de amor; y pues es tan parecida a Dios, ame a su semejante. Las avecillas se juntan con las de su especie y gustan de andar hermanadas. Un caballo, en viendo a otro, se alegra. El corderillo, viendo una manada, se junta con los suyos. Los que frisan en condición, gustan de andar juntos y se hacen amigos. Pues el alma ya deiforme, y tan parecida a Dios, ¿cómo puede dejar de tenerle cariño y mirar a su Criador con grande amor, yéndose los ojos y corazón tras de su semejante, y no semejante comoquiera, sino de cuya naturaleza con modo tan admirable participa?

Alcese, pues, el corazón cristiano sobre todo lo humano, mirese como soberano. Córrase de lo que antes fué; deje todo el ser terrestre y amor de lo criado; olvidese de lo natural, ya transformado en divino. El alma a quien endiosa la gracia, muy olvidada debe de estar de quien fué, muy llevada de lo que es, muy enamorada de Dios, muy metida en el cielo, muy empleada en lo divino, a cuyo estado la ensalzó. Estime sólo esta honra y desestime lo demás, mirando las pretensiones y honras de los bienes de la tierra como juego de niños. Pues cuando llega uno a crecer, se corre, ya hombre, de lo que estima cuando niño, no de otra manera que una persona de grande autoridad se ríe de los muchachos cuando juegan a los señores, y tienen gran codicia de tener muchos huesos de alguna fruta para jugar con ellos, y se huelgan con una peonza que alcanzan, así uno que ha llegado al estado de gracia, puesto ya en grado soberano, ha de despreciar toda la potencia, honra y riqueza de la tierra; que todas son asco, todas son niñerías, todo juguete. respecto del orden, autoridad y grandeza a que ha subido uno que está en gracia.